

# Domingo XIII Tiempo ordinario

1 Reyes 19, 16b. 19-21; Gálatas 5, 1. 13-18; Lucas 9, 51-62

*«Las zorras tienen madriguera, y los pájaros nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. Sígueme»*

30 junio 2019 P. Carlos Padilla Esteban

---

*«No evito sufrir, porque sufriendo aprendo lo más valioso. Y cuando amo sé que una parte de mi corazón queda enterrada en tierra fecunda. Sonríe, callo, espero. No tengo miedo»*

**El otro día leía sobre la importancia de saber aguantar.** Decía Toni Nadal: *«Intenté fomentar también su capacidad de aguante porque creo que es muy importante en la vida. Durante años le hice entrenar con bolas en malas condiciones, en pistas con malas condiciones y le alargaba los entrenamientos indefinidamente porque me interesaba que aprendiera a aguantarse y a fortalecer el carácter. El carácter se forma con la dificultad»*. No es tan fácil educar el carácter para resistir, para aguantar en medio de las dificultades. Temo acostumbrarme rápidamente a lo fácil, a lo bueno, a lo cómodo. No quiero aburguesarme. Con frecuencia me encuentro buscando estar bien, en paz, tranquilo conmigo mismo, libre de tensiones. Protejo mis horas de sueño, mi descanso, mi soledad, mi espacio seguro. Como un guardián celoso de mi tiempo me alejo de los compromisos. Huyo de las dificultades por miedo a tener que sufrir. No me gusta trabajar mucho para lograr lo que deseo, prefiero el éxito fácil. Quiero una recompensa inmediata, sin lucha, sin esfuerzo. Elijo, si es posible, las condiciones favorables. No sé cómo educarme para ser fuerte si no es enfrentándome a la batalla para allí dejarme pulir por Dios. El P. Kantenich habla de educar la personalidad en la reciedumbre. En 1912 les decía a los jóvenes a los que acompañaba: *«Bajo la protección de María queremos autoeducarnos para ser personalidades recias, libres y sacerdotales»*. Les quería mostrar que los santos eran siempre hombres autoeducados, hombres fuertes, firmes y sólidos. Fieles en las decisiones que tomaban. Y resaltaba lo importante que era educar bien el corazón para cuando vengan tiempos difíciles en la vida: *«Entonces las prácticas de devoción ya no podrán ayudarnos más. Sólo una cosa podrá ayudarnos: los principios firmes, inexorablemente claros, el esfuerzo serio por formar personalidades vigorosas e independientes»*<sup>1</sup>. En un mundo tan líquido y cambiante como este en el que vivimos, creo que encontrar personas firmes, sólidas, recias, es casi un milagro. Yo quiero ser así. Quiero ser un hombre de una pieza. Firme como una roca. Con las ideas claras y los principios sólidos. Un hombre capaz de resistir las tormentas y los vientos. Acostumbrado a la lucha y a la entrega en todos los momentos de mi vida. ¿Cómo se educa el carácter para resistir con una sonrisa en medio de las adversidades? Necesito un corazón fuerte. Capaz de mirar la vida sin temer nada. Aguantar es una gracia que le pido a Dios. Para saber enfrentar los contratiempos y las contrariedades. Aguantar mi vida como es, sin quejarme. No quiero vivir soñando con la vida que no tengo. Veo que tengo muy poca capacidad para superar los golpes de la vida. Reacciono de forma infantil cuando no se dan las cosas como espero, cuando no me resultan los planes, cuando no logro el éxito. Poca tolerancia ante las contrariedades. Veo que estallo, me derrumbo y dejo de sonreír. ¿Dónde queda mi corazón firme y fiel? Me rebelo contra la suerte adversa. Quisiera tener más madurez para enfrentar la vida. Más fortaleza para mirar firme desde la roca de mi fe. Firmeza, entereza, solidez. Quisiera ser así. Al mismo tiempo, al mirar mi vida, me pregunto: ¿Siempre tengo que aguantar? ¿Tengo que aguantar todo lo que me sucede? ¿Tengo que soportar siempre todo lo que me piden? ¿Dónde está el límite para que no me rompa? No todo tengo que aguantarlo. Saber decir que no es parte de la sabiduría del cristiano, del hijo de Dios. Aprender a dejar a un lado lo que no tengo que cargar en esta vida. No tengo que soportarlo todo. Ser sólido es un ideal, una meta que despierta mis fuerzas. Pero aguantar todo, lo que es excesivo, es algo que tengo que discernir en el corazón de Dios. Saber cuándo tengo que decir: Basta y seguir otro camino. Quiero aprender a decir que ya es

---

<sup>1</sup> Kantenich Reader Tomo 1: Encuentro con el Padre Fundador, Peter Locher, Jonathan Niehaus

suficiente. Tener la fuerza para tomar otro rumbo y hacer algo diferente. Está en mi mano la decisión de cambiar mi vida. No consiste en aguantar por aguantar. Sólo le pido a Dios fortaleza para cargar con lo mío, con mi vida y su peso. **Y libertad para decidir sabiamente cuándo tengo que dejar de hacer lo que me exigen.**

**A veces no sé si es mejor callar o hablar.** Alzar la voz y gritar para que me oigan. O mantenerme en silencio ocultando lo que pienso, lo que sé, lo que deseo. No sé si hablando provocaré el rechazo, el rencor o el odio. O si callando obtendré la ira de los que no me aman y esperan alguna palabra. No sé si es más humilde mi silencio o mi palabra. O si es más posible cambiar mi vida y la de otros de una u otra forma. Veo a Dios callado y pienso en su silencio. «*El silencio de Dios debería enseñarnos que hay que callar a menudo*»<sup>2</sup>. Tal vez entonces, mirando a Dios, debería aprender a callar más. Hablar menos. Esperar con paciencia. No precipitarme en mis decisiones. Tener calma y paz. No vivir con prisas. La vida se cocina a fuego lento. Entre silencios y esperas. Aprendo a callar, sin hablar más de la cuenta. Soy dueño de mis silencios. Esclavo de mis palabras. Acepto que me equivoco hablando más de la cuenta. Callo. Guardo silencio. Espero. Deseo una vida larga para entregar mis pasos. Para dejar sonar mi voz o callar mi grito. Deseo que todo pase y llegue pronto el cielo, el paraíso. No como pago por mis méritos sino como expresión del amor más grande que me abraza y sostiene. Quiero vivir aquí y ahora. Y no en el futuro, ni anclado en el pasado. Sueño con una eternidad y a veces veo que me cansa la espera. A menudo no sé si estoy haciendo lo correcto. Si lo correcto es lo moral, lo justo o lo que vale. No sé si estoy en el lugar exacto o si es que hay algún lugar que sea el más adecuado. No sé si lo que vivo ahora lo vivo en el momento oportuno. No sé si estoy haciendo lo que debo o sólo lo que a mí me place. No lo sé, vivo con dudas. Y en mis dudas se consume mi alma con miedos y deseos. Elijo entonces dejar que sea Dios el que traiga el consuelo y la paz al alma una vez dado el primer paso. Puedo hacer una cosa o la otra. Decir que sí o que no. No es tan grave. Pero cuando elijo, cuando opto, sueño con una paz bendita que calme mi alma. Sé que es Dios quien conduce mis pasos y yo me dejo. Estoy sólo de paso en esta tierra. Es todo tan fugaz. El viento de hoy es pasajero. Y la lluvia y el sol. Y mi sonrisa. Y mis palabras. Son pasajeras. Hoy están y mañana en este mismo espacio habrá otra vida, serán otros los sueños, otras las voces, otros los silencios. Pensar así no me inquieta. Todo lo contrario, me da paz. Tienen mis gestos una trascendencia que no alcanzo a ver. Y son tan pequeños que parece todo insignificante cuando se mide con la eternidad sin tiempo. Quizás por eso dudo si callar o hablar. Si hacer o quedarme quieto. Si soñar o conformarme. Dudo si enfadarme por lo que no tengo o agradecer lo que hay en mi vida o esperar algo más grande. Dudo si descansar un tiempo o seguir luchando un día más. ¿Cómo decidir siempre lo correcto? Lo correcto es buscar la sonrisa de Dios en medio de las estrellas, mientras me quedo quieto mirando al cielo. Tanto afán por querer hacer siempre lo correcto. Tanta lucha por no cometer ningún pecado. Todo es vanidad, lo siento así en mi alma. Es como querer ser Dios en traje humano. Como querer controlar todas las variables. Y poseer un discernimiento claro que arrase con las dudas. Vivo lleno de límites y fragilidades. Me asusta el día siguiente al hoy que toco y me parece seguro. Pero no dejo que me quite la paz el pensar en el fracaso posible, en la muerte que llegará un día. Dejo el temor amarrado a mi barca y avanzo. Sí, amando avanzo. Sirviendo navego mar adentro. Eso es suficiente para hacer todo distinto cada mañana. No tengo miedo a la noche. Elijo la bondad, el amor, la misericordia. Elijo la vida plena, la generosidad, la amabilidad. «*Ser amable no es un estilo que un cristiano puede elegir o rechazar. Como parte de las exigencias irrenunciables del amor, todo ser humano está obligado a ser afable con los que lo rodean*»<sup>3</sup>. Me gusta pensar que mi elección pone en el centro al otro. A aquel en el que Dios se hace presente. Amable con el que no es amable. Misericordioso con el que tiene odio. Me pide quizás Dios que viva el imposible. Lo elijo de nuevo. Sabiendo que dando puedo encontrar el vacío. Y amando puedo recibir el rechazo. Acepto el posible fracaso de mis empresas. No le tengo miedo a la vida. Merece la pena dar más de lo que tengo. Sin buscar los primeros puestos. Ni ese poder que tanto me encandila. Renuncio a la soberbia. Dejo de lado mi orgullo, mi amor propio. Me desprendo de la máscara de mi fama que tanto mal me hace. He vendido mi imagen al mundo y la cuido como lo más valioso. ¿No es acaso la mirada de Dios la que más me importa? Miro su corazón de Padre y me conmuevo. No le tengo miedo a la vida que

---

<sup>2</sup> Cardenal Robert Sarah, *La fuerza del silencio*, 66

<sup>3</sup> Papa Francisco, *Exhortación Amoris Laetitia*

pasa fugaz delante de mis ojos. Confío en guardar silencio eligiendo siempre el amor. No evito sufrir, porque sufriendo aprendo lo más valioso. Y cuando amo sé que una parte de mi corazón queda enterrada en tierra fecunda. **Sonrío, callo, espero. No tengo miedo.**

**La vida me confronta con su final.** La salud cobra sentido en la enfermedad. Me cuesta tanto entender el sentido de muchos de mis pasos camino al cielo. El otro día leía: «*Valemos más por lo que sufrimos que por lo que hacemos*». Me queda claro. Pienso a veces que si hago una determinada cosa cambiaré mi entorno, mi mundo, el corazón de las personas. Me aferro de forma obsesiva al sueño de hacer todas las cosas bien hechas. Pero no lo consigo porque soy débil. Pienso que valgo más cuando más hago. O al menos alguien ha metido en mi corazón esta idea como un pensamiento demasiado fuerte y obsesivo. Y entonces juzgo en mi interior al que no hace nada, al que no actúa, al que no se pone a servir a los demás en lugar de servir sus intereses, al que no toma la iniciativa para ayudar a otros, al que no vive sólo para los demás. Y hoy escucho que valgo más cuando más sufro. Pero si precisamente eso es lo que trato de evitar a toda costa. No quiero sufrir, no quiero padecer, no quiero tener dolor, no quiero que me cuesten las cosas que hago. Me obsesiono por vivir una vida fácil, cómoda, protegida, segura. Como si eso fuera lo verdaderamente valioso e importante en esta vida. ¿Dónde tengo puesto mi corazón? ¿Dónde he echado raíces de verdad? De lo que hay en mi corazón habla la boca. Lo tengo muy claro. Pensar que el sufrimiento es lo que me da valor me impresiona. Hay personas que sufren de forma continua. En sus vidas padecen dificultades y crisis. Experimentan el abandono y la soledad. El vacío y el sinsentido. Sufren enfermedades difíciles. Parece como si no hubiera esperanza en su corazón. ¿Valen más que los que hacen mucho? Sí, en el corazón de Dios. Y yo me siento parte de ese grupo de los que hacen muchas cosas y valen poco. De esas personas que han colocado el corazón en el lugar equivocado. De los que no sufren tanto y valoran más las obras, los actos. Y luego se encuentran vacíos. Sufrir mucho y acabar muriendo es el camino común de tantas personas. Y de repente me cuesta encontrarle sentido al sufrimiento injusto, al sufrimiento inútil. ¿O acaso tiene el sufrimiento un sentido en un plan divino que no alcanzo a descubrir? ¿Como si una especie de puerta se abriera en el cielo para acercarme a lo más hondo del corazón de Jesús? ¿Y dentro de ese corazón empiezo a sentir su amor de una forma como antes nunca lo había sentido? ¿Es posible entonces comprender que en una dinámica que no entiendo se hace realidad el plan de Dios que le da sentido a todo lo que sufro? ¿Es posible tocar el cielo con las manos rotas? No lo sé. Pero seguro que no es posible tocarlo con las manos demasiado ocupadas, demasiado llenas de cosas, de preocupaciones, de deseos. Veo que mis manos están así de atareadas con mil proyectos intentando hacerlos todos posibles. Y no me resulta. Quisiera ser luz de esperanza en un mundo en el que creo que predomina la oscuridad y la tiniebla. Una luz que brilla en medio de la noche. Algo de esperanza sembrada en medio del desánimo. ¿Cómo entender la muerte de un joven que solo soñaba con ser santo? S. Luis Gonzaga, un seminarista jesuita que murió muy joven después de servir con generosidad a tantos enfermos, escribe: «*Al sumergir mi pensamiento en la consideración de la divina bondad, que es como un mar sin fondo ni litoral, no me siento digno de su inmensidad, ya que Él, a cambio de un trabajo tan breve y exiguo, me invita al descanso eterno y me llama desde el cielo a la suprema felicidad, que con tanta negligencia he buscado, y me promete el premio de unas lágrimas, que tan parcamente he derramado*». Me conmueve la reflexión de ese joven que va a morir antes de realizar sus sueños en la tierra, sueños de entrega total a Dios, de santidad. ¿Cómo aceptar el sufrimiento que parece no tener sentido, ese sufrimiento tan largo, tan duro? ¿Cómo aceptar la muerte prematura, demasiado pronto, antes de lo esperado? Me hace falta una mirada puesta en el cielo como promesa. ¿Cómo asomarme al desconcierto que provoca en el alma la muerte de inocentes, el abandono de los que necesitan hogar, la soledad de los que buscan compañía, el dolor de los que sólo quieren calmar dolores, el rechazo de los que sólo quieren dar amor? ¿Cómo se pueden entender tantas paradojas que se dan en mi camino? Tal vez sólo mirando al corazón de Jesús, en lo más profundo de sus entrañas, allí donde la lanza abre una brecha y deja escapar la luz y el viento, el agua y la esperanza. Solamente allí donde deja de haber tinieblas para iluminar mi vida tenuemente con una luz profunda que todo lo vuelve claro. Me resisto a creer que el sufrimiento es en vano. Creo, no sé bien cómo, que mi dolor va haciendo profundo el surco en la tierra que Dios ara. Y Él se encarga de sembrar semillas allí donde mi sangre logra hacer más profunda la grieta. Y no sé bien cómo en algún lugar, en algún corazón, dará fruto esa semilla que Dios mismo ha sembrado a través de lo que yo sufro. ¿Tendrá sentido entonces todo lo que estoy

sufriendo? ¿Valdrán la pena tantas horas invertidas dando la vida en el silencio de mi dolor? Tal vez sólo en el cielo veré el sentido de las flores que crecen a lo largo de ese surco. Mientras tanto aquí en la tierra sigo confiando en un plan de Dios lleno de amor y esperanza que permanece oculto. Un plan que desconozco. Un plan que me desborda. Y sigo creyendo que detrás del dolor existe una ventana abierta al cielo que me habla de una esperanza que yo anhelo en el fondo de mi alma. Sigo creyendo que, si me entrego a Jesús, a su corazón abierto, lograré sentir, aunque sea sólo por un día, tal como Él sintió. Y podré darme con la misma generosidad con la que Él se da. Y podré amar sabiendo que sufriendo mi vida vale más la pena. **Y que todo lo que yo hago al fin y al cabo son sólo gotas en un mar inmenso, ese mar sin orillas de su amor por mí.**

**Siempre me impresionan los fracasos de Jesús.** O las ofensas que recibe cuando sólo quiere amar. Hoy quiere alojarse en una aldea y no lo acogen: «*De camino, entraron en una aldea de Samaria para prepararle alojamiento. Pero no lo recibieron porque se dirigía a Jerusalén*». ¡Cuánta gente en su vida pública no quiso recibir a Jesús! Lo rechazan porque es judío, y no samaritano. Es de los otros. Y yo me extraño cuando a mí me rechazan, me juzgan, me condenan. Me sorprende recibir afrentas, la mayoría justas. Puede que algunas sean injustas. A mí me sorprende. A Jesús, que pasó haciendo el bien, lo rechazaron con odio. Y Él mantuvo la paz: «*Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron: - Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos? Él se volvió y les regañó. Y se marcharon a otra aldea*». Yo ante la injusticia quiero también el odio. Busco la venganza. No me quedo tranquilo hasta que el otro paga su mal. Porque es justo, me digo. Porque es lo que corresponde, lo que cualquiera haría. Y me lleno de odio. Quiero mirar el corazón de Jesús. ¿Qué sentía? Ante las afrentas, ante las injusticias, ante el odio que busca la muerte, ante los gritos que buscan el mal. ¿Qué sentimientos anidaban en lo más profundo de su alma? Me conmuevo. Miro el corazón herido de Jesús. Su corazón abierto. «*Sus heridas nos han curado*» 1 Pe 2, 25. Eso lo tengo claro. Pero no soy capaz de reaccionar como Él. Yo reacciono con violencia. Clamo por justicia. Intento ser mejor, pero me lleno de rencor: «*Cuando en nuestros intentos por ser piadosos nos guardamos nuestros sentimientos de rabia y no los dejamos aflorar, se pone en marcha el resentimiento*»<sup>4</sup>. Me siento herido y el resentimiento, esa ira fría, anida en mi alma. Me rebelo contra la injusticia de este mundo. Yo, que soy injusto tantas veces. La mansedumbre de Jesús me impresiona. No soy manso y humilde de corazón. Acumulo resentimiento y rencor. No perdono tan fácilmente como Él. Hoy perdona a ese pueblo hostil y poco acogedor. Perdona el desprecio y las heridas. Su corazón abierto es un corazón lleno de misericordia. Hoy lo contemplo. Quisiera introducirme en su interior para sentir como Él, para amar como ama Él. Para ser misericordioso como Él. Quisiera vivir en su corazón para experimentar cada día su misericordia. ¿No es esa mirada de Dios la que más deseo? Decía el P. Kentenich: «*Hay que transformar nuestro sentimiento ante la vida*»<sup>5</sup>. Es lo que quiero. Cambiar mis sentimientos. Cambiar mi forma de amar y mirar a los demás. En lugar de ira cultivar la paz. En lugar de rencor que anide en mí la mansedumbre. Que no me altere tanto por el mal que me hacen. Que no viva sin perdonar la ofensa recibida. Miro el corazón de Jesús. Quiero ser uno en Cristo. Unirme a Él para sentir como Él. Es el milagro que sólo Él puede hacer en mí. Lo que quiero hoy es poner mis sentimientos en su corazón. Los sentimientos que anidan en mi interior y me quitan la paz. El corazón no está endurecido. Siente con profundidad. Ser sensible es un don, no una cruz. Aunque a veces me sienta abrumado por mis sentimientos. El sentir es un don que me permite estar cerca del que sufre y ser compasivo. Llorar con el que llora y reír con el que ríe. No quiero reprimir mis sentimientos. Quiero ser consciente de lo que siento, de lo que amo. Libre, no esclavo. Le pido a Jesús que cambie esos sentimientos que me quitan la paz y me llenan de odio. Que mire como mira Él hoy al que le rechaza. No es tan grave que alguien me trate injustamente, me insulte, me rechace. Puedo llegar a amar a mis enemigos si Jesús lo hace posible en mí. Por eso consagro mi vida a su corazón herido. Dejo en su llaga abierta lo que hoy me duele y me hace sufrir. Quiero cambiar mi forma de sentir. Para que no me pase lo que leía el otro día: «*Al fin y al cabo somos lo que pensamos. Los sentimientos son esclavos de los pensamientos y uno es esclavo de sus sentimientos*»<sup>6</sup>. Mis pensamientos pueden cambiar mis sentimientos. Por eso deseo pensar de otra manera. Aparto de mí

---

<sup>4</sup> Henri J. M. Nouwen, *Esta noche en casa. Más reflexiones sobre la parábola del hijo pródigo*

<sup>5</sup> *Kentenich Reader Tomo 2: Estudiar al Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

<sup>6</sup> Elizabeth Gilbert, *Come, reza y ama*

esos pensamientos que me hacen daño. El pensar que soy más digno que otros o merezco un trato especial. Cuando cambio mi forma de pensar y mirar las cosas cambia mi corazón. Jesús puede hacerlo en mí. Para que no viva bajo el rencor, ni el odio. Para poder tener más paz en el alma y ser así manso y humilde. Me adentro con mis heridas en el corazón de Jesús. Él conoce todo lo que me duele. Sabe lo que sufro. Me quiere como soy, en mi pobreza. No me rechaza. Me ama en mi debilidad. Se conmueve. No despierto en Jesús ni ira, ni rabia. Siempre me mira con mansedumbre. Me mira, me sostiene para que pueda tocar **con mis manos la misericordia que brota de su corazón.**

**Parece mentira que alguien pueda tener fuerzas para seguir a otro por los caminos.** Las fuerzas flaquean. El deseo inicial se vuelve más débil con el paso de los pasos. La decisión tan firme tiembla, surgen las dudas y el miedo. La llamada a seguir a Jesús tiene la fuerza del primer amor. Sigo a quien mi corazón ama. Me conmueve el grito de ese joven en mitad del camino: *«Mientras iban de camino, le dijo uno: - Te seguiré adonde vayas»*. Surge la voz entre la muchedumbre. Una voz que se separa del resto de las voces. No hay llamada, Jesús no pronuncia su nombre. Pero él quiere seguir a Jesús. Y grita. Es un deseo cargado de fuego y de vida. Yo también quiero seguir a Jesús adonde Él vaya. Esta frase ha marcado mi sacerdocio desde el comienzo. Desde mi ordenación la tuve como frase que motivaba mis pasos. Quería seguir a Jesús, no me importaba dónde fuera. No me iba a fijar en el camino preciso. Sólo quería ir con Él por los caminos. Es lo que deseaba. ¿Acaso en mi vida no hay personas con las que lo que merece la pena es estar a su lado, sin importarme hacia dónde voy? Así es con alguna persona. Así es con Jesús en la historia de mi camino. No importa hacia dónde, lo que importa es ir con Él. Y desde el principio de mi vocación ese deseo prendió en mi alma. Luego tuve miedo, me aterraba pensar que podía tomar caminos desconocidos que me alejaran del aquí, del ahora. De mis raíces, de mis seguros. De los míos, de los que eran mi hogar. Temí que me faltaran las fuerzas para mantenerme firme en mi sí en la encrucijada de los caminos. Dudé que me gustara realmente el nuevo sendero por el que Jesús me iba a llevar. Me dan miedo esos caminos nuevos que no conozco. Me asustan las sorpresas, lo desconocido. Y entonces temo desanimarme y perder la ilusión. Hoy le digo a Jesús de nuevo que le seguiré adonde vaya. Que iré detrás de Él porque no quiero quedarme solo. Como dice una canción: *«Señor, Jesús, no me dejes nunca. Señor, Jesús, da luz a mis pasos»*. Quiero que me muestre siempre el camino. No quiero dudar ni temer. Pero soy frágil y dudo. Es la verdad. Busco excusas. A veces quiero hacer otras cosas antes que dar un nuevo paso: *«Déjame primero ir a enterrar a mi padre. Déjame primero despedirme de mi familia»*. Parecen justos esos deseos tan humanos. Siempre hay razones para seguir mis pasos y no los suyos. Siempre hay otra alternativa, otro camino posible distinto a aquel que me propone. No quiero anteponer mis deseos a los suyos. Hoy voy a seguir tus pasos. No sé si soy capaz de dejarlo todo y seguirle con la prontitud de los discípulos. Pongo excusas para no hacerlo. Quiero hacer las cosas a mi tiempo, a mi manera. Jesús me dice: *«El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el reino de Dios»*. He mirado atrás muchas veces. He visto con nostalgia el camino recorrido. O he pensado en los caminos que no llegué nunca a recorrer. Eran caminos posibles en mi vida en algún momento. Decisiones pasadas. Posibles atajos o alternativas. Ahora me duele al volver la vista atrás. Miro las huellas de mis pasos. ¿No valgo para su Reino cuando me lleno de tristezas pasadas? Mi pobreza me impresiona. Digo que sí, que le seguiré a Jesús adonde Él vaya. Pero luego detengo mis pasos con miedo, con cansancio y busco excusas para no seguir adelante, para no seguir luchando. Digo que sí con los labios y al mismo tiempo mi voluntad se tiñe de negativas calladas. Por miedo, por pereza, por dejadez. Mi primer sí lleno de pasión y alegría se vuelve con el tiempo un no rápido y decidido. Mi voluntad firme de ese primer amor se debilita sin que casi me dé cuenta. Y lo que parecía un sí radical lleno de vida se torna debilidad, vacío y pecado. No hago el bien que deseo y cometo el mal que quiero evitar. Mi sí primero no resiste la fuerza del viento, el ímpetu de las olas, y en medio de mi mar tengo miedo. Mi barca se hunde y se pierde contra las rocas de la orilla. Y yo que quería ser santo. Sólo eso. Santo para hacer la voluntad de Dios. Santo para ser feliz en esta tierra como anticipo del cielo. Santo para iluminar el mundo con mi sonrisa. Con la sonrisa de Jesús en mis labios. Por eso tomé su camino siguiendo sus pasos. ¿Habré acertado al seguir esta senda? ¿Hubiera sido más feliz en otras rutas? ¿Es lo que estoy viviendo la máxima felicidad a la que puedo aspirar en esta vida? La santidad se juega en mi sí renovado: *«Te seguiré, Señor»*. Hoy lo repito. Es ese deseo ardiente de mi alma de niño. Me atrevo a dar los pasos primeros. Dudando, decidido. Venzo mis miedos y me pongo en camino. No me importa lo

difícil que parezca. «Como observa Séneca: - No es porque las cosas son difíciles por lo que no nos arriesgamos, sino que son difíciles porque no nos arriesgamos»<sup>7</sup>. Me arriesgo a seguir a Jesús adonde vaya. No quiero perderlo cuando me retraso tratando de solucionar antes tantas cosas. Pienso en los lugares que sueña Jesús para mí. Son los que mi corazón también desea, aunque ahora no lo sepa. Su voz se hace carne bajo mi piel. Su sí a mi vida se une con el sí que pronuncio al verlo aparecer en mi corazón enamorado. Quiero estar con Él ahora y para siempre. Donde Él quiera que yo vaya pienso ir con Él. Él sabrá mejor que yo lo que más me conviene. Él conoce lo que me espera a la vuelta del camino. Allí donde no alcanza mi mirada Él ya ha estado. No tengo dónde reclinar la cabeza. No importa. Es lo que tiene seguir a Jesús. Confío en su amor. Él lo sabe todo y quiere que mi vida sea plena. O que otras vidas gracias a la mía también sean plenas. Quiere que mi luz llegue a muchos. Me subiré a mi barca. Dejaré que me guíe. Que las olas marquen el camino. **Me da miedo, pero sigo sus pasos. Dudo, pero no me detengo.**

**Quiero seguir los pasos de Jesús.** Y clamo para que proteja mis pisadas: «*Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti; yo digo al Señor: - Tú eres mi bien*». Quiero ser su profeta. Quiero confiar en todo lo que va a hacer con mis manos. Dios pasa a mi lado y me llama: «*Elías se marchó y encontró a Eliseo, hijo de Safat, arando con doce yuntas en fila, él con la última. Elías pasó a su lado y le echó encima el manto. Entonces Eliseo, dejando los bueyes, corrió tras Elías*». Eliseo deja los bueyes y se convierte en profeta. Se convierte en voz que clama en el desierto. En palabra que cambia la vida de los hombres. Así es la llamada a seguir a Jesús. La vocación que me lleva a seguirle por los caminos. Una canción lo expresa así: «*Yo quiero ser tu amigo, Jesucristo, yo quiero ser tu amigo. Encontrar tu yugo suave y tu carga ligera y llevar por todas partes, en mi cuerpo y en mi alma, tu vida en primavera*». Un joven seminarista murió estos días en Chile después de una larga lucha contra el cáncer. Tenía sólo 31 años. Era un joven idealista y enamorado de Jesús. Después de una larga lucha se entregó dócil: «*No hay nada que me alegre más el corazón que si muriese siendo un hombre consagrado a Sion, siendo de Jesús para siempre*». Quería morir perteneciendo a su comunidad para siempre. No hubo tiempo para sellar esa consagración perpetua en la tierra. Quedó sellada en el cielo para siempre con su muerte. Murió atado a esa cruz de Jesús a quien amaba. Murió junto a Jesús que era su amigo para siempre. No le dio tiempo a ser sacerdote, a ser predicador, a consagrar el cuerpo y la sangre de Cristo. No pudo confesar a nadie, ayudar a otros con sus consejos. No le bastaron sus días. Jesús se lo llevó antes de tiempo. Tal vez la vida consista en lo que leía hace tiempo: «*Añadir vida a los días cuando no se pueden añadir días a la vida*»<sup>8</sup>. Eso hizo él con los días que tenía. Luego vino ese final que parece acabar con todos los sueños de seguimiento. Pero es sólo en esta tierra. Se me ahorra el tiempo de surcar mares aquí, ahora. Para llegar de un solo salto a ese mismo lugar que todo corazón anhela: el paraíso. Faltan los días. Pero la manera de llenar de vida mis días está en mis manos, de mí depende. Puedo hacerlo. Puedo dar vida nueva a cada uno de mis días. Los puedo vivir con intensidad. Este joven ha llegado a ser sacerdote en el cielo. Era lo que soñaba. Allí estará con Jesús y con los que ama para siempre. Serán uno. No habrá hecho presente a Jesús con sus manos consagrandolo. Pero sí con su forma de vivir el dolor y la enfermedad. Con su manera humilde de enfrentarse a la muerte. Su forma de vivir y de morir marcan una forma de entender la vida. Yo también quiero seguir a Jesús como él. Sin importarme ni el cómo ni el dónde. Simplemente llenando de la vida de Jesús cada uno de los días que aún me quedan. Eso lo puedo hacer. Para eso no hay excusas. «*Se levantó, marchó tras Elías y se puso a su servicio*». Así lo hizo Eliseo después de quemar sus herramientas antes de cambiar de vida. Creo en la llamada de Jesús que sale a mi encuentro para que corra siguiendo sus pasos. Contaba el Papa Francisco: «*Me salió al encuentro para invitarme a seguirle*». Los días de seguimiento pueden ser muchos, o tal vez muy pocos. No importa. Yo no conozco el final. Pero sí decido el principio de mis primeros pasos. Y la forma como quiero vivir en plenitud mis días consagrandolo a Dios cada cosa que hago. Vale la pena dar la vida por Él. Esa vida que me ha confiado. Quiere que llene de la vida de Jesús todos mis caminos. Le sigo. No lo dudo. **Vale la pena vivir y morir por Él.**

---

<sup>7</sup> Giovanni Cucci SJ, *La fuerza que nace de la debilidad*

<sup>8</sup> Julliard, Anne-Dauphine, *Llenaré tus días de vida*